
RECENSIONES

LANGA AGUILAR, P.: *Apóstoles de la unidad*. SAN PABLO, Madrid 2015, 451 pp.

Se acaba de conocer y nos ha llenado de satisfacción, el gran paso que la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa del Patriarcado de Moscú, han dado hacia la unidad ecuménica en el aeropuerto de La Habana (Cuba). El encuentro y la firma ya son historia. Su constancia también. Como el libro que quiero presentar, *Apóstoles de la unidad* del prestigioso y reconocido ecumenista agustino Pedro Langa, un libro de historia ecuménica a través de una serie de personajes históricos. En él hace memoria y recuerdo de quienes a lo largo de su vida trabajaron incansablemente y se esforzaron con inmensa generosidad, por empujar hacia delante desde sus respectivas convicciones eclesiales el tema ecuménico.

Para ello ha recogido el autor un manojo de 33 nombres —hombres y mujeres— que pusieron alma, vida y corazón en responder a la llamada angustiada de Jesús en su oración de la Última Cena: «Padre, que todos sean uno». Todos ellos merecen ser recordados, todos ellos estimulan al lector a caminar por la senda que lleva a la unidad; a trabajar con ahínco para responder al deseo del Señor Jesús; a orar intensamente para que se logre el ilusionante proyecto de nuestro Buen Pastor: «Habrà un solo rebaño y un solo pastor». Los nombres de los escogidos ya no están entre nosotros y están colocados asépticamente en el libro por orden alfabético de sus apellidos en este retablo, llenando prácticamente la historia del ecumenismo moderno de todo el siglo xx. Sus esfuerzos por avanzar hacia la unidad les valieron acerbas incomprendiones, desconfianzas insidiosas, críticas envidiosas y numerosos contratiempos de sus coetáneos, y sus sufrimientos aceleraron a superarlos con generosidad, valentía, tolerancia y aguante cristiano. Sobre todo, porque vivieron su pasión por la unidad de la Iglesia como una vocación o llamada de Dios, como un reto ante el que no valen las medias tintas sino la plena generosidad y total entrega.

En la lista de los 33 seleccionados, aparecen los Papas san Juan XXIII, san Juan Pablo II y el beato Pablo VI, así como la próxima santa en septiembre Teresa de Calcuta; el beato Enrique Newman, promotor de Movimiento de Oxford y la beata María Gabriela Sagheddu, cuya preocupación por el ecumenismo le llevó a ofrecer a Dios su vida, que aceptó, por la unidad de los cristianos.

También están en el retablo el Patriarca de Constantinopla, Atenágoras I, que puso la fuerza de la verdad al servicio del diálogo de la unidad; el cardenal Agustín Bea, que se distinguió por su amor a la unidad cristiana y su opción por el diálogo ecuménico; Lambert Beauduin, que, siguiendo la línea de León XIII, impulsó la actividad ecuménica con claves patrísticas y monacales; Marc Boegner, declarado «justo entre las naciones» y adelantado en el diálogo ecuménico con el cardenal Bea; el español Juan Boch, dominico ecumenista de vocación y de acción, que elaboró un «Diccionario del ecumenismo»; Charles Brent, que, ante la apremiante necesidad de la unidad cristiana, no dudaba en defender que la unidad es la base del pensamiento cristiano. El dominico Yves Congar, pionero del ecumenismo de manera especial en los documentos del Concilio Vaticano II; Paul Couturier, promotor de la semana de oración por la unidad de los cristianos; animador del ecumenismo espiritual y del monasterio invisible y fundador del Grupo Dombes; Oscar Cullman, cofundador del Instituto Tantur de Jerusalén; el metropolitano Melitón de Calcedonia, que puso en circulación el diálogo de la caridad y animador ferviente de las conferencias panortodoxas; el metropolitano Nikodim de Leningrado, que murió en los brazos de Juan Pablo I (1978) hablando de ecumenismo; Sor Minke de Vries, que sembró comunión, unidad y reconciliación desde su monasterio de Grandchamp.

No podía faltar en este retablo Don Julián García Hernando, fundador de las Misioneras de la Unidad, cofundador de los Encuentros internacionales de religiosas y fundador de esta «Revista Ecuménica»; Lord Halifax, renunciando a su alcurnia política, se dedicó a dirigir el movimiento «Unión de la Iglesia inglesa», participó intensamente en las Conversaciones de Malinas, presididas por el cardenal Mercier, y trabajó incansablemente para que hubiera un encuentro entre el Papa de Roma y el arzobispo de Canterbury, sueño que se realizó unos 30 años después de su muerte. El arzobispo de Viena, cardenal König, a quien el P. Langa le define como «todo un ecumenista de raza que supo ser a la vez hombre de Iglesia de los pies a la cabeza y, en definitiva, gran apóstol de la unidad» (p. 232). Como muestra está su generosa participación en los documentos conciliares referentes al ecumenismo y en la creación de la Fundación «Pro Oriente» cuyo fin es precisamente el de promover las relaciones ecuménicas entre la Iglesia católica romana y las Iglesias ortodoxas orientales. Chiara Lubich, fundadora de los Focolares, tuvo una vocación ecuménica, cuyos hitos fueron: ser la primera mujer católica que en 1965 pronunció una conferencia en la catedral anglicana de Liverpool; licenciada *honoris causam*

en teología por la Liverpool Hope University, única universidad ecuménica de Europa (2008); a podido ver el éxito que ha tenido su movimiento focalar, al ser aceptado tanto por las autoridades de la Iglesia católica, como por las de la Iglesia anglicana. El cardenal y arzobispo de Milán, Carlo María Martini, gran estudioso de la Biblia y promotor del diálogo fe y cultura, siempre tuvo la actitud ecuménica del amor a la verdad, allí donde esta se encuentre, aunque solo sea un fragmento. Así lo vio y así lo practicó. El cardenal Desiré Mercier, arzobispo de Malinas, que promovió aquellas famosas conversaciones, tenía como lema ecuménico: «Tenemos que encontrarnos para conocernos, conocernos para amarnos, y amarnos Para unirnos». Por su parte, el portugués Fernand Portal fue un sacerdote católico, muy amigo de Lord Halifax, participante en las Conversaciones de Malinas y apóstol intrépido de la unidad de las Iglesias, tarea en la que juega un gran papel la amistad y la esperanza de ver algún día que los esfuerzos no han sido en vano. El arzobispo de Canterbury Michael Ramsey destacó por sus actividades ecuménicas, visitando al papa Pablo VI, al patriarca Atenágoras participando activa y críticamente en las principales reuniones ecuménicas del momento de largo alcance. «Fue- resume el P. Langa- muy eficiente con el movimiento ecuménico» (p. 322).

De Roger Schutz, amigo de Dios y fundador de la comunidad de Taizé, que tanto fascina a los jóvenes, se destaca su tarea con ellos y la importancia de orar juntos, cantar unidos y vivir la alegría. De Nathan Söderblom, arzobispo de Uppsala, se destaca que fue cofundador del movimiento «Vida y Acción» y el arquitecto del movimiento ecuménico del siglo XX, siendo el presidente de la Conferencia de Estocolmo (1925), quien en el momento de la inauguración, echó de menos la presencia de la Iglesia de Roma, al estar presentes los protestantes, los anglicanos y los ortodoxos. De William Temple aprendemos de sus relaciones con los judíos, y sus implicaciones en «Fe y Constitución» (1928), en el Consejo misionero internacional (1928) y en adelante, en los principales eventos ecuménicos, como miembro de la Iglesia anglicana. Él fue quien calificó al movimiento ecuménico «el gran acontecimiento nuevo de nuestra era». De Max Thurian, cofundador de Taizé, se nos dice que pasó de calvinista a católico, y que fue un obrero de la encíclica *Ut Unum sint*, valorándola y difundiéndola. De Emilianos Tiamidis, metropolitano de Sylivría, obispo auxiliar y confidente del patriarca Atenágoras, se destaca el que fuera teólogo, escritor y ecumenista, y que fue el cofundador, con Julián García Hernando, de los Encuentros Interconfesionales de Religiosas.

De Willen Adolf Visser't Hooft destaca que fue el alma del movimiento ecuménico, primer secretario general de Consejo Ecuménico de las Iglesias durante muchos años, y que su animación pervive en su Fundación Visser't Hooft para el liderazgo ecuménico. Y finalmente, del cardenal Johannes Willebrands, el P. Langa nos ilustra sobre su vocación ecuménica, su ejercicio de ecumenista, sus trabajos ecuménicos durante el concilio, e incluso de su relación con los judíos.

Además al hilo de estas admirables biografías se va tejiendo la historia de las diversas iniciativas que van naciendo y haciendo camino al andar por la senda del ecumenismo. Iniciativas de oración personal y comunitaria, de encuentros a todos los niveles, de instituciones oficiales y privadas, de organizaciones mundiales, continentales y nacionales, de documentos y otras publicaciones que van haciendo el camino más llevadero, más amigable, más comprensible, más atractivo y más seguro. En definitiva, va creciendo más y más el amor a la Iglesia de Jesús, la única que Él quiere. Y aunque no por este orden, así nacieron: la Asociación cristiana para jóvenes, la Comisión Internacional Anglicano-Católica I y II, el Documento de Lima (1982) sobre el Bautismo, la Eucaristía y el Ministerio, el Consejo Ecuménico de las Iglesias o Consejo Mundial de las Iglesias (1948), el Centro Ecuménico de las Misioneras de la Unidad, la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia episcopal Española, la revista *Diálogo Ecuménico* de Salamanca, el Diccionario de ecumenismo de J. Boch (1998), el Directorio para la aplicación de los principios y normas sobre el ecumenismo (1993); el Equipo Ecuménico Sabiñánigo, el *Enchiridion Oecumenicum*, de González Montes I (1986) y II (1993), *Movimiento Fe y Constitución*, Grupo Mixto de Trabajo de la Iglesia Católica Romana y el Consejo mundial de las Iglesias, Conferencia de Iglesias Europeas; Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos, esta misma revista «Pastoral Ecuménica»; «La Revista Ecuménica» del Consejo Mundial de las Iglesias, la encíclica «*Ut unum sint*» del san Juan Pablo II (1995) y la Semana de oración por la unidad de los cristianos. Todo ello es sólo una pequeña muestra de lo que se puede encontrar en la lectura de *Apóstoles de la Unidad*. Mi felicitación y gratitud al P. Pedro Langa, a la editorial San Pablo y a mis lectores, con el deseo de que su lectura les sea no solo provechosa, sino también satisfactoria y gozosa.

P. Rafael DEL OLMO VEROS, OSA